

derribar al ministerio, aun cuando fuese por medio del asesinato y del incendio segun se dijo; se convocó un congreso en Utrecht para definirla. Tambien se obstinaron los imperiales en rehusarla; Eugenio sitió á Landrecy, cuya adquisicion le hubiera abierto la Champaña y la Picardía; envió sus exploradores hasta las puertas de Reims, y amenazó *llegar hasta Versalles con la tea encendida en la mano*. Toda la Francia se hallaba en la mayor consternacion y temor, y se aconsejaba al rey que se trasladase á la otra parte del Loira. ¡ Á tales humillaciones se veía reducido á la edad de setenta y tres años el rey mas afortunado! Y no bastaba esto, porque Dios queria presentarlo como objeto de compasion.

El delfin, su único hijo legitimo, « el mejor de los hombres y el mas inepto de los príncipes » (DUCLOS), despues de manifestar alguna habilidad en la guerra, y ninguna en lo demas, vivia retirado en Meudon, donde murió de cuarenta y nueve años. Luis sintió esta desgracia con un dolor moderado; pero no era mas que la primera gota de un cáliz que debia apurar hasta las heces. Su hijo, el duque de Borgoña, que corrigió sus violentas pasiones con la santa educacion de Fenelon y de Fleury, era buen guerrero, y esperaba reunir con generosas instituciones á los príncipes, al pueblo y al ejército; tuvo el título de delfin por espacio de diez meses, y murió á los treinta años.

Su mujer María Adeláida de Saboya, llena de gracia y talento, formaba las delicias del anciano Luis. En público era seria, mesurada y respetuosa con el rey, y decorosamente tímida con la Maintenon, á quien llamaba tia para confundir la categoría con la amistad; pero en privado, charlaba, saltaba y giraba al rededor de ellos, ya se ponía derecha sobre los brazos de la poltrona de uno ú otro, ya jugueteaba sobre sus rodillas, saltaba á su cuello, los abrazaba, besaba, acariciaba, los estrujaba, les tiraba de la barba, los atormentaba, revolvia sus mesas, papeles y cartas, las abría, las leía, á veces á pesar suyo, y si los veía de mal humor, les hacía reír con sus chistes. Admitida en todo, entraba en las habitaciones del rey á cualquier hora; se hallaba presente cuando se recibían los correos que traían las noticias mas importantes, y hasta durante el consejo; era útil ó funesta á los mismos ministros, aunque siempre inclinada á prestar servicios, á excusar, á complacer, á no ser que se irritase violentamente contra alguno, como sucedió con Pontchartrain; á quien llamaba, hablando con el rey, *vuestro feo tuerto*, ó por alguna causa mayor, como lo estuvo contra Chamillard. Era tan libre que una tarde en que el rey y madama Maintenon hablaban con afecto de la corte de Inglaterra, cuando se esperaba la paz por la reina Ana, se apresuró á decir: « Querida tia, es necesario convenir que, en Inglaterra, las reinas gobiernan mejor que los reyes; ¿y sabéis por qué, tia mia (añadió corriendo y sal-

tando)? porque miétras ocupan el trono los reyes, son las mujeres las que gobiernan, y cuando le ocupan las reinas, son los hombres. » Lo mas extraño es que los dos rieron y dijeron que tenia razon (1). Esta princesa murió seis dias ántes que su marido. Dejaron dos hijos, uno de cinco años, que fué entónces el delfin, y á las cuatro semanas murió, no quedando ya al rededor de aquella envejecida planta real mas que un débil vástago de dos años.

Los dolores del hombre afectan aun vistos en aquellos en quienes se odian las faltas de rey. El pueblo, que se prometia de los delfines el remedio de los males bajo los cuales gemia, y que perdonaba á Luis porque era padre y abuelo de ellos, se entregó entónces á sus manías, y como en las grandes desgracias es una especie de necesidad encontrar á quien imputarlas, solo se hablaba del veneno. Saint-Simon acusó á la corte de Viena; la voz pública denunció al duque de Orleans, á quien estos delitos aseguraban la regencia y le aproximaban al trono; él pidió que se le formase un proceso, pero no resultó que tuviese otra culpa sino el haber dado sospechas por sus amistades con gentes de mala conducta.

El rey quedó profundamente conmovido y dijo al mariscal Villars, que marchaba para ponerse al frente del ejército reunido por el último esfuerzo: « Ved á lo que he quedado reducido: pocos ejemplos hay de una pérdida como la mia. Dios me castiga; lo he merecido; tanto ménos padeceré en el otro mundo. Pero suspendamos los lamentos por mis desgracias domésticas, y veamos cómo precaver las del reino. Os doy una prueba de la confianza que tengo en vos encargándoos las últimas fuerzas y la salvacion del Estado. Conozco vuestro celo y el valor de mis tropas; pero la fortuna pudiera seros contraria. Si acaeciese alguna desgracia al ejército que mandáis, ¿qué partido os parece debería tomar respecto de mi persona? » Y viéndolo vacilar, añadió: « No me sorprende que no me contestéis de pronto, pero á fin de que me digáis vuestro pensamiento, os expondré el mio. » Los cortesanos quisieran que me retirase á Blois, sin aguardar á que el ejército enemigo se aproximase á Paris, como sucederia inevitablemente, si el mio fuese derrotado; sin embargo, jamas consentiré que el enemigo se acerque tanto á mi capital. Sé que ejércitos tan respetables nunca son derrotados hasta el punto que el grueso de mis tropas no pueda retirarse sobre el Soma. Conozco este rio, es difícil de vadear y hay plazas en él que pueden ponerse en buen estado. En caso de desgracia, iré á Perona ó San Quintin, reuniré cuantas tropas me quedan para hacer con vos el último esfuerzo y perecer juntos ó salvar el Estado. » Despidiéndole despues, le ordenó buscar al enemigo y dar la batalla. « Pero, señor, será la última que daréis, » dijo Villars. —

(1) SAINT-SIMON.

« No importa; no exijo que derrotéis al enemigo, sino que lo ataquéis: si la batalla se pierde, escribidmelo privadamente. Montaré á caballo, atravesaré Paris con vuestra carta en la mano: conozco á los Franceses; os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas de la monarquía. »

24 de julio.

No se llegó á este extremo, Villars, vencedor en Denain, obligó á Eugenio á abandonar á Landrecy y se apoderó de otras ciudades, lo cual inclinó á sus adversarios á concluir la paz. Entre las eternas discusiones de los tratados no queremos pasar en silencio una de ellas. Habiendo pretendido Ana que Felipe V renunciase á la herencia eventual del trono de Francia, le propuso dos medios: renunciar á la corona de Francia, conservando España y América; ó renunciar estas y recibir las Dos Sicilias, los ducados de Saboya, Montferrato y Mantua para que pudiese unirlos á Francia en el caso de adquirir su corona. Este último proyecto se acomodaba mucho á las ideas de Luis, mayormente por tener vecino á Felipe, como un apoyo en su ancianidad; pero este encontró en su propia rectitud fuerzas suficientes para resistir á la voluntad de su padre y no separarse de la nacion que habia preferido; y habiendo elegido un ministerio español, protestó contra las divisiones, excitó el entusiasmo de la nacion, y se puso al frente de un ejército para rechazar á los Austriacos.

Felipe inspiraba respeto á los Castellanos, y la pobreza y la desgracia que suelen envilecer á los que reinan, le adquirieron la estimacion de sus pueblos. Estaba sostenido por su esposa Luisa de Saboya y la princesa Ana de los Ursinos (Orsini), su camarera, mujeres valerosas y probadas por la desgracia. Arrojado dos veces de su reino sin confesarse jamas destronado, dos veces fué llevado á él, por el duque de Berwick despues de la batalla de Almansa (1707), y por Vendôme despues de la de Villaviciosa (1710); y eligió el primero de los partidos propuestos, renunciando á sus derechos eventuales al trono de Francia.

Tratado de Utrecht. 1713. 11 de abril.

Al fin se restableció la paz, y la Inglaterra, que por primera vez era árbitra de Europa, quiso disponerla de modo que en mucho tiempo ninguna potencia europea pudiese predominar, dirigiéndolo todo en favor de las de segunda ó tercera categoría. Francia reconoció la dinastía inglesa protestante de Hannover, y declaró que jamas se uniría su corona á la de España, con lo que redujo su comercio á los límites que tenia en tiempo de Carlos II; desmanteló sus fortificaciones, y cegó el puerto de Dunkerque, culpable de haber armado en aquella guerra setecientos noventa y dos corsarios; restituyó á la Inglaterra la bahía y el estrecho de Hudson, cediéndole la isla de San Cristóbal, la Nueva Escocia en Acadia, y Terranova con sus dependencias, y renunció en favor de Portugal á toda pretension sobre las tierras situadas al Norte del rio de las Amazonas.

España, cediendo la Sicilia, Nápoles y Cerdeña con el resto de la herencia de la casa de Borgoña, y dejando á los Ingleses Menorca y Gibraltar, quedó borrada de la lista de las potencias de primer orden; concedió ademas á los Ingleses el derecho por espacio de treinta años de trasladar á América cuatro mil ochocientos Negros (*asiento*) y varias habilitaciones de comercio, con la promesa de no dar á otros ningun privilegio para las Indias ni enajenar ninguna de sus colonias. Los Catalanes fueron abandonados sin defensa á la venganza de Felipe, que tomó á viva fuerza á Barcelona, y abolió todos los derechos constitucionales de Cataluña, Aragón y Valencia.

Á la Saboya, cuyo poder habian resuelto aumentar los Estados marítimos para que se equilibrase con el de sus vecinos, se le asignaron mayores confines, restituyéndole la Saboya, Niza y toda la pendiente italiana de los Alpes Marítimos, cuya cumbre marcaba los límites de Francia; obteniendo el duque la Sicilia con el título de rey la expectativa al trono de España cuando se extinguiese la línea de Felipe V.

Los Estados Generales, que no aumentaban por mar su poder, restituyeron á Francia Lila, Orchies, Bethune, Aire, Saint-Venant y el fuerte Francisco, y obtuvieron por barrera á Tournay, ípres, Menin, Fúrnes Warneton, Warwick, Comines y el fuerte Knocke.

De este modo se hicieron varios tratados particulares mas bien que una paz general, pudiendo romperse uno de ellos sin que perjudicase á los otros. Entretanto el objeto de la guerra continuaba sin decidir, porque el emperador no renunció á sus pretensiones sobre España, que le habian costado treinta años de intrigas y catorce de guerra. Apénas Luis le tuvo aislado, le hizo proposiciones en tono muy diferente del que ántes usó; y como las rehusase, continuó la guerra hasta que los triunfos de Villars le indujeron á aceptar la paz, la cual se concluyó en Rastadt entre este y el príncipe Eugenio, accediendo á ella despues los Estados del imperio en Bâden. Por este tratado se aseguraron al emperador Nápoles con el Estado de los Presidios, Milan, Mantua y Cerdeña; se le restituyeron Vieux-Brisac, Friburgo, Kehl; dejando á Luis Estrasburgo, Landau, Huninga, Neuf-Brisac y la soberanía de Alsacia, y levantando el destierro á los electores de Baviera y Colonia.

Paz de Rastadt 1714. 6 de marzo.

Á este tratado precedió el de las barreras, hecho en Ambéres, para dar á la casa de Austria los Países Bajos españoles, y habilitarla para defenderlos sin gastos, dando derecho á los Holandeses para tener guarniciones en Namur, Tournay, Menin, Fúrnes, Warneton y Knocke.

De este modo se hizo una nueva distribucion de Europa, arreglando las diferencias que durante esta época habian agitado. La casa de Austria, á pesar de sus adquisiciones, veía hecho pedazos el temido cetro de Carlos V, y elevarse á su lado la Prusia, de la que habia sido reconocido rey el elector de Brandeburgo,

1715. 15 de noviembre.

añadiéndole el ducado de Güeldres, quitado á España. El ejemplo dado por la Baviera declarándose contra el imperio, debía hallar imitadores. Apareció la dignidad de Francia, pudiendo salir de una guerra desgraciadísima con poquísimas pérdidas y conservando en su familia el trono de España. En estos dos reinos cesaba la rivalidad en que habían estado por espacio de dos siglos; pero á la union de las dos líneas no se daba otra garantía sino el juramento de ambos reyes, y muy pronto se conoció cuán débiles son en política los lazos de parentesco. El efecto principal de aquella paz, que fué el separar de España las provincias flamencas para adjudicarlas al Austria, habia parecido oportuno para conservar el equilibrio, refrenar el genio invasor de Luis, defender el Austria, el imperio y Holanda; pero en vano trataron los protestantes de obtener alguna consideracion respecto de sus correligionarios. Las potencias marítimas estipularon para beneficio propio, de modo que predominó el sistema mercantil; y mientras Witt quería que lo tuviese Holanda por mar, no por el continente, ella gastó 350.000.000 de florines para obtener el tratado de las barreras, como garantía de su futura existencia. Inglaterra habia dirigido la guerra y la paz; por medio del sistema de los empréstitos entonces introducido, pudo proporcionar subsidios y soportar gastos enormes. Entonces encontraba ventajas en estar unida al emperador como dueño de los Países Bajos, y podia ganar la Saboya y los príncipes del imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, contando con la unidad de la república holandesa, aumentados los medios de continuar las combinaciones políticas, quedaba árbitra de los negocios del continente.

Los pueblos habían sufrido mas de lo que puede expresarse, y nada se estipuló en su favor.

CAPÍTULO XXVI

Muerte de Luis XIV.

Luis tuvo la culpa de esta larga guerra, el cual no conociendo límites á su ambicion, habia amenazado la independencia de toda Europa; y rehusando ceder algo al principio, estuvo á pique de perderlo todo. Efectuóse despues de la lucha la particion que los moderados habian propuesto ántes de ella; pero ¡cuánta sangre! ¡cuántas lágrimas no habia costado!

De esperar era que los periodistas ingleses no perdonasen á Luis XIV. En el *Espectador* es acriminado repetidas veces; calculase en uno de sus números la disminucion que con las conquistas habia causado en la poblacion del reino en vez de aumentarla, sacando por consecuencia que aun cuando este rey hubiese sido un disoluto como Vitelio, habria causado menos mal á su pueblo: en otro lugar se vituperan la corrupcion que se introdujo durante su reinado, la

ostentacion de las riquezas, la vergüenza de la pobreza, el cambio del amor en galanteria y de la amistad en comercio, los perjuros del monarca, y su vanagloria que le llevó hasta permitir que se erigiesen estatuas á su valor, á su fortaleza, y que entre el lujo y molicie de la corte se aplaudiesen su magnanimidad y sus proezas militares.

La nacion francesa no se atrevia á insultar á aquella eminencia decaida, por temor á un porvenir aun peor; diezabábase la poblacion; habia decaído la industria desde la revocacion del edicto de Nantes y la reaccion de aquellos á quienes habia querido perjudicar con el colbertismo; veíanse aniquiladas las campiñas por los enormes impuestos; provincias enteras convertidas en desiertos á consecuencia de órdenes terminantes y persecuciones religiosas: causaba vergüenza ver al gobierno oprimido bajo el peso de una deuda de 2,600.000.000, que equivaldrian hoy al doble de esta suma, recurrir á expedientes desastrosos, crear empleos ridículos para venderlos, pagar al diez, al veinte y al cincuenta por ciento el dinero que Holanda é Inglaterra obtenian al cuatro, y sin embargo, no poder atender suficientemente á sus necesidades; dejar que el ejército fuese derrotado y humillado; que muriesen las gentes de hambre y de frío, mientras que los arrendatarios de las rentas públicas eran tan inexorables en sus persecuciones que se sublevaban las provincias, y Cahors fué tomada por asalto. Boisguilbert, lugarteniente general de la presidencia de Ruan, decia: « La exaccion de los impuestos se hace con » extremado rigor, empleándose la cuarta parte » á lo ménos en gastos para hacerla efectiva. » Es bastante comun llevar las ejecuciones » hasta el extremo de arrancar las puertas de » las casas despues de haberlas dejado vacías, » habiéndose demolido algunas para sacar las » vigas y las tablas, y venderlas por la quinta » ó sexta parte de su valor. Á excepcion del » hierro y el fuego que, á Dios gracias, no se ha » empleado todavía para obligar al pueblo, no » hay medio de que no se eche mano, y todos » los países del reino están en la mas completa » ruina (1). »

Vauban, educado entre el pueblo, y que hubiera sido grande en administracion no ménos que en la guerra, fijó su atencion en las miserias del país; se informaba continuamente del estado de las provincias, del modo de mejorarlas, de los productos mas ventajosos, de los medios de suprimir los gastos odiosos, de enfrenar á los ávidos arrendatarios y hacer que el erario ganase mas con ménos dispendio de los pueblos. Ofendía con esto á los muchos que

(1) *Détail de la France, 1697.* — En 1690 se publicó en Amsterdam un opúsculo de 228 páginas en 4º, muy raro hoy día, titulado: *Les soupirs de la France esclavée qui aspire après la liberté.* Son quince memorias de un celoso Católico que pone de manifiesto las desdichas de la tiranía de Luis XIV, y la opresion de la Iglesia, de la magistratura, de la nobleza y del pueblo; combate las pretensiones del poder absoluto, é invoca los derechos del pueblo y de los Estados Generales.

engordaban con la sangre del pueblo, quienes representaron á Vauban á los ojos del rey como culpado de ofenderlo en las personas de sus ministros, y el crédulo Luis, que se habia valido de él para ceñir laureles execrados, le retiró su gracia, y le dejó morir oscuro y envilecido (1707). Si la verdad es injuria, con razon debia tenerse Luis por ofendido de un libro que Vauban publicó, en el cual demuestra, que de la poblacion francesa, una décima parte estaba reducida á mendigar; que de las nueve partes restantes, cinco no querian dar limosnas, tres se hallaban embrolladas en pleitos y deudas, quedando solamente los nobles, guerreros, togados, sacerdotes, empleados, mercaderes al por mayor, que componian cien mil familias en todo, entre las cuales ni veinte mil podian llamarse acomodadas.

No es este el lugar oportuno para examinar los remedios que sugeria Vauban, fundados en la equitativa y universal reparticion de los impuestos, y en una aritmética política admirable para ser de aquellos tiempos, tanto mas cuanto que en la edad de los privilegios y del orgullo aristocrático, dirigia todos sus cuidados á aquella plebe de la cual nadie se cuidaba, y que á sus ojos era el nervio del Estado. Se atrevió á revelar á Luis, acostumbrado tan solo á recibir incienso y aplausos por la felicidad que á su pueblo proporcionaba, la gangrena que roía los miembros inferiores, previendo que al fin llegaría al corazon y á la cabeza (1).

Fenelon, que habia aconsejado que no se siguiese la guerra como injusta, é insinuado á Felipe que renunciase á un trono desastroso, y que despues de haber estallado aquella, salvó de la muerte al ejército abriéndole sus propios graneros, veía como único remedio de tanta desgracia la convocacion de la asamblea de los notables, y queria que el duque de Chevreuse lo insinuase así al rey. « Nuestro mal (le escribia) » proviene de que esta guerra no es negocio » mas que del rey, arruinado y desacreditado: » sería necesario hacerla asunto de toda la na- » cion; pero demasiado ha llegado á serlo, por- » que rota la paz, el cuerpo de la nacion se ve » en peligro de ser subyugado... El rey ha tenido » la desgracia de arrancar el dinero de las ma- » nos de las buenas familias del reino y de todo » el pueblo, para hacerlo pasar sin medida á las » de contratistas y usureros... Mientras el despo- » tismo náda en la abundancia, obra con mayor » prontitud y eficacia que cualquier gobierno » moderado; pero cuando se halla exhausto y » sin crédito, cae de golpe sin ofrecer compen- » sacion. Obraba por pura autoridad; roto este » resorte, no puede ménos de dejar perecer de

4 de
agosto.
1710.

(1) « Vauban... peut-être le plus honnête homme et le plus vertueux de son siècle... e plus simple, le plus vrai et le plus modeste... le plus avare ménager de la vie des hommes, avec une valeur qui prenait tout sur lui, et donnait tout aux autres. Il est inconcevable qu'avec tant de droiture et de franchise, incapable de se porter à rien de faux ni de mauvais, il ait pu gagner au point qu'il fit l'amitié et la confiance de Louvois et du roi. » SAINT-SIMON.

» hambre á una plebe medio muerta ya, cuya » desesperacion es necesario que tema. Cuando » el despotismo se halla exhausto de recursos, » ¿ cómo queréis que las almas venales que él » ha engordado con la sangre del pueblo apron- » ten sus riquezas para sostenerle? El atrevi- » miento de los enemigos proviene de haberse » envilecido el gobierno en Francia... ¿ Me diréis » que el rey es incapaz de recurrir á seme- » jantes medios, que nadie se atrevería á sugerir- » selos; que tampoco querría consultar, pregun- » tar, cuestionar y comparar los diversos pensa- » mientos, ni decidir entre diferentes pareceres? » Triste es que cuando el emético está indicado » como el único medio, el enfermo no tenga » fuerza para tomarlo ni para resistirlo... Si el » rey no es capaz de adoptar el último medio » para sostener la guerra, ¿ qué hay que esperar » de él? Si la inminente ruina de su corona no » le hace abrir los ojos, y tomar pronto resolu- » ciones proporcionadas al peligro, ¿ no hay » motivo para desesperar de todo? ¿ Cómo puede » decirse que el rey ve la mano de Dios, si una » desmesurada altivez le hace rechazar el único » amparo que le queda en el borde del abis- » mo?... Me diréis que Dios sostendrá á la Fran- » cia; pero ¿ dónde está su promesa? ¿ tenéis vos » alguna garantía de milagros? Y estos son » necesarios para sostenernos en el aire; y ¿ los » merecéis vos cuando vuestra inminente ruina » no os corrige; cuando sois todavía duro, » soberbio, fastuoso, incommunicable, insensible » y dispuesto siempre á adularos? ¿ Se aplacará » Dios al veros humillado sin humildad, con- » fundido por vuestras culpas sin querer confe- » sarlas, y dispuesto á empezar de nuevo si » pudiérais respirar dos años? ¿ Se contentará » Dios con una devocion que consiste en dorar » una capilla, rezar un rosario, oír una misa, » escandalizarse con facilidad, y desterrar á » algun jansenista? No se trata únicamente de » poner fin á la guerra exterior, sino de devol- » ver el pan á los pueblos moribundos, fomen- » tar la agricultura y el comercio, reformar el » lujo que gangrena las costumbres de la na- » cion, acordarse de la verdadera forma del » reino, y templar el despotismo, causa de todos » nuestros males. Se aplaude la devocion del » rey, porque no se irrita contra la Providencia » que lo humilla: se deja que crea que no ha » cometido ningun grave error, y que se le mire » como á un santo probado por Dios, como á » un David, que en su juventud se dejó extra- » viar por los sentidos; y ¿ no habrá tal vez » quien le diga que debe reconocer que, por » haber subvertido todo género de orden, él » mismo se ha precipitado en un abismo, del » cual parece que nadie puede sacarlo (1)?... » ¿ Pero lleva consigo el poder absoluto algun » medio de enmendarse? ¿ podia esperarse que » un déspota semejante se pusiese frente á frente » de sus súbditos para discutir sobre cosas acerca

(1) Véase la nota H.